

lauros había ganado en otro tiempo Bonaparte..... (1).

Por último, superadas por el arrojio de las tropas tan inauditas dificultades, se encuentra el ejército francés con toda su artillería en el valle de Aosta, del

(1) Lo mas difícil era el transporte de la artillería, para el cual se vió que no servian los trineos de ruedas contruidos en los arsenales. Tomemos de un historiador francés la curiosa descripción de la manera cómo se ejecutó esta operacion difícilísima. «Discurrióse, dice, otro medio, que fué al punto ensayado y produjo el efecto que se deseaba: consistia éste en partir por la mitad troncos de abeto, y ahuecándolos cubrir los cañones con dos de estos medios troncos, y arrastrarlos así envueltos á lo largo de los barrancos: merced á estas precauciones no podian estropearse con ningun choque. Acémilas enganchadas á tan singular carga sirvieron para subir algunas piezas hasta la cumbre del monte; pero la bajada era mas difícil, pues no podia verificarse sino á fuerza de brazos y corriendo infinitos riesgos, porque era preciso detener la pieza ó impedir al detenerla que rodase á los precipicios. Desgraciadamente empezaban á faltar las caballerías; y los mozos de acémilas, de que se necesitaba gran número, estaban rendidos de cansancio. Entonces fué preciso recurrir á otros medios, y se ofreció á los campesinos de aquellos contornos hasta mil francos por cada pieza que arrastrasen desde San Pedro hasta San Remigio. Necesitábanse cien hombres para arrastrar cada una de ellas, y además un dia para la subida y otro para la bajada. Presentá-

ronse con efecto algunos centenares de montañeses, y dirigidos por artilleros trasportaron algunas piezas, pero ni el cebo de la ganancia pudo decidirlos á renovar este esfuerzo. Desaparecieron todos, y á pesar de haber enviado en su busca algunos oficiales, que prodigaban el dinero para atraerlos, no se logró persuadirlos, y hubo que pedir á los soldados el sacrificio de arrastrar por sí mismos la artillería. Todo podia conseguirse de soldados tan valientes y sufridos. Para animarlos se les prometió el dinero que no querian ya ganar los campesinos abrumados de fatiga, pero lo rehusaron diciendo que era deber suyo de honor salvar sus cañones, y abalanzándose á las piezas ya abandonadas comenzaron á arrastrarlas por compañías de cien hombres, que se relevaban de tiempo en tiempo para hacer mas llevadera la fatiga. En los pasos difíciles tocaba la música aires animados, y los alentaba á superar aquellos obstáculos de tan nueva especie. Al llegar á la cumbre de los montes, hallaban un refrigerio preparado por los monges de San Bernardo, y descansaban breve rato para desplegar en el descenso mayores y mas peligrosos esfuerzos. De esta suerte se vió á las divisiones de Chambarihac y Monnier arrastrar por sí mismas su artillería, y como lo avanzado de la hora no les permitiese bajar en el mismo dia, preferian vivaquear en la nieve á separarse de sus cañones.....»

otro lado de la gran cordillera; síguete entonces Bonaparte: moderno Anibal, ha vencido en el paso de los Alpes obstáculos que tal vez habrian arredrado y detenido al guerrero cartaginés (1): tropiezan los franceses con el formidable fuerte de Bard vomitando mortífero fuego sobre la estrecha senda que puede servir de único paso á las tropas: nuevos esfuerzos y prodigios de valor: otra vez es trasportada la artillería á brazo por entre riscos y despeñaderos: desplégase el ejército francés en las llanuras del Piamonte antes que los austriacos se aperciban de su existencia: Bonaparte avanza á Lombardía y se situa en Milan (2 de junio, 1800), donde aguarda las tropas que ha llamado de Alemania, en tanto que Lannes se apodera de Pavía. Sorprende y desconcierta esta aparicion al anciano Melas, que ve convertido en ejército conquistador lo que hasta entonces habia estado creyendo y despreciando como un miserable peloton de conscritos. Pero entretanto el ejército francés de Liguria era sacrificado. El gran Massena encerrado en Génova, sufriendo todos los horrores del hambre mas espantosa, hasta verse muertos de inanicion por las calles hom-

(1) Bonaparte subió el monte de San Bernardo montado en un mulo con el gaban gris que llevaba siempre, guiado por un montañés, con quien conversaba de cuando en cuando, así como con los oficiales, que aun encontraba diseminados por aquellas breñas. Con los monges del monasterio pasó un breve rato, les agradeció las atenciones que habian tenido con el ejército, y les hizo un espléndido donativo para que socorriesen á los pobres y viajeros. Descendió del valle dejándose deslizar sobre la nieve segun la costumbre del país. Cuéntanse otras anécdotas curiosas de su paso por el monte.

bres, mugeres, oficiales y soldados, llevaba el heroísmo de la constancia y de la impasibilidad hasta donde ha podido llevarle otro algun guerrero en el mundo. Una capitulacion honrosa (4 de junio, 1800) fué el premio de tan admirable perseverancia (1).

Ganada Génova, se reconcentran los austriacos en el Piamonte. Bonaparte pasa algunos dias observando sus movimientos, reuniendo su ejército, dando algun descanso á sus tropas, y meditando cómo envolver á Melas. Encuéntanse al fin austriacos y franceses en las llanuras de la aldea de Marengo, donde se da la famosa batalla de este nombre, perdida primero y ganada después por los franceses (14 de junio, 1800), batalla cruel y sangrientamente disputada, y cuya obstinacion correspondió á la inmensa influencia que habia de ejercer en los destinos de la Francia, y aun

(1) Por muchas circunstancias se ha hecho memorable aquel sitio, además de las horrorosas escenas á que dió lugar la estrechidad del hambre. Componiéndose el ejército sitiado de quince mil hombres, habia destruido más de diez y ocho mil austriacos. Pero durante el sitio, de los quince mil combatientes murieron tres mil, y otros cuatro mil fueron gravemente heridos. Soult, después de haber recibido un balazo en una pierna, quedó prisionero. De los tres generales de division, uno fué herido gravemente, y otro murió de epidemia. De los seis generales de brigada, cuatro salieron heridos. De doce ayudantes generales,

hubo seis heridos, un muerto y un prisionero; y de diez y siete cañones quedaron once fuera de combate. Massena se vió reducido á comer como los soldados la racion de dos onzas del horrible pan de avena y habas: «antes de rendirse, decian los soldados, nos dará á comer sus mismas botas.» Aquellos hacian las guardias sentados, por no poder ya sostenerse en pié.

En la capitulacion consiguió salir con armas y bagages y banderas desplegadas, y con facultad de volver á pelear cuando hubiera pasado la línea de los sitiadores, y fué á reunirse con Suchet.

del mundo (1). Muy pronto se empezaron á sentir sus resultados. El valeroso y anciano general de los austriacos, aturdido con el éxito inopinado de la pelea, se apresura á entablar negociaciones con el primer cónsul francés; Bonaparte dicta las condiciones, Melas accede á todas ellas, y se firma en Alejandría (15 de junio, 1800) el célebre armisticio y convenio, por el que se estipula la retirada de los austriacos detrás del Mincio, y la cesion á los franceses de las ciudadelas y castillos de Tortona, Alejandría, Milan, Turin, Arona, Plasencia, Ceva y Savona, con las plazas de Coni, Génova y Urbino, y con la artillería de las fundiciones italianas, es decir, la restitucion de la alta Italia, que habia de traer consigo la de la Italia entera: convenio que indignó al ejército austriaco, asustó á la córte de Viena, asombró á Europa, y difundió una alegría frenética en la Francia. Bonaparte escribió desde el campo de batalla una larga carta al emperador, hacién-

(1) Dicese que al ver Bonaparte perdida la primera batalla: escribió á su muger diciendo: «Por la primera vez de mi vida mando tropas cobardes.» No tardó en ver que por aquella vez se habia equivocado.—Además de lo que en aquel triunfo se debió á su extraordinario talento, prevision y serenidad, y á sus profundas combinaciones, contribuyeron á él eficazmente, Massena deteniendo una gran parte del ejército austriaco en su gloriosa defensa de Génova; Dessaix acudiendo espontáneamente de Egipto y pereciendo en el combate para dar á costa de su vida la victoria; Lannes, el que iba siempre á la vanguardia, con su admirable firmeza en la llanura de Marengo, y Kellermann con una brillante carga de caballería. Cuando á Bonaparte le dijo su secretario: «*Qué magnífica jornada!*» contestó el primer cónsul: «*Si, muy magnífica, si hubiera podido abrazar á Dessaix en el campo de batalla! Iba á nombrarle ministro de la Guerra, y aun le habria hecho principe, si hubiera estado en mi mano.*»

dole reflexiones y convidándole todavía con la paz, y despachó un correo á los cónsules dándoles cuenta de aquel paso (1).

Tres días despues de la batalla regresa á Milan, donde le aguarda y recibe un pueblo loco de júbilo, sembrando de flores las calles por donde habia de pasar y arrojándolas sobre su carruage. Detiénese allí los días precisos para establecer un gobierno provisional, en tanto que se reorganiza la república Cisalpina: atiende á los asuntos generales de Italia; confía á Massena, que acababa de incorporársele, el mando del ejército, premio merecido de su heróico comportamiento en Génova, y dadas otras disposiciones, propias de su prevision, sale de Milan (24 de junio), se detiene algunas horas en Turin, atraviesa el Monte Cenis, entra en Lyon por debajo de arcos triunfales, y llega á París la noche del 2 al 3 de julio (1800). La ciudad se ilumina; el pueblo se atropella por verle y aclamarle: Senado, Cuerpo legislativo, Tribunado, Consejo, autoridades militares y civiles, corporaciones científicas, todos se presentan á la mañana siguiente á cumplimentar y felicitar al vencedor de Marengo, al salvador de la Francia, y todos le hablan con aquel

(1) «En medio del campo de batalla (decia en la carta al emperador), oyendo las agonias de multitud de heridos, y rodeado de quince mil cadáveres, suplico á V. M. que escuche la voz de la humanidad, y no permita que se degüellen dos naciones valientes por intereses á que son ajenas. A mí me corresponde instar á V. M. por que me hallo mas cerca del teatro de la guerra. Vuestro corazon no puede estar tan afligido como el mio....»

lenguaje que en otro tiempo hubieran usado con los reyes. Y como á esta sazón llegasen á París noticias de los triunfos de Moreau en el Danubio, de la conquista de toda la Baviera hasta el Inn (2), y del armisticio de Alemania, celebróse con extraordinario regocijo en el cuartel de los Inválidos la fiesta del 14 de julio, una de las dos fiestas nacionales que habia conservado la nueva Constitucion, depositándose en aquel templo las banderas recién ganadas en Italia. La Francia rebosaba de júbilo.

El ministro austriaco Thugut escribió á Talleyrand (11 de agosto, 1800), proponiendo en nombre del emperador al primer cónsul la apertura inmediata de un congreso, al cual estaba tambien la Inglaterra dispuesta á enviar un plenipotenciario, para ver de volver la paz al mundo. Trabajo costó á Talleyrand templar el enojo que causó á Bonaparte esta nueva proposicion del Austria. Prudente, sin embargo, y político el primer cónsul, accedió á la reunion de un congreso en Luneville, mas no sin negociar con Inglaterra un armisticio naval, que á él le era muy ventajoso; y para obligar al Austria ó á pedir ella misma este armisticio ó á hacer por sí sola la paz antes del invierno, la amenazó con mandar á sus ejércitos del Rhin y del Danubio romper de nuevo las hostilidades.

(2) Allí, en Neuburgo, murió de una lanzada el valiente Latour d'Auvergne, á quien Bonaparte llamaba el primer granadero de Francia. El ejército no quiso abandonar el campo hasta despues de haberle levantado un monumento.

El resultado de esta actitud del primer cónsul fué arrancar del Austria la entrega de las plazas de Philipsburgo, Ulm é Ingolstadt al ejército francés, como condicion para la próroga del armisticio continental; noticia que llegó á París en ocasion de estarse celebrando la segunda fiesta nacional de las dos que habia dejado la nueva Constitucion (23 de setiembre, 1800).

Veamos ya la hábil política del hombre de genio y de fortuna de la Francia para con todas las potencias, contrarias, amigas y neutrales, y el papel que en el tráfigo de sus planes y manejos con todas las naciones le cupo desempeñar á España.

Conocedor del carácter impetuoso y apasionado, al propio tiempo que veleidoso, del jóven emperador Pablo I. de Rusia, y explotando con atinado cálculo su resentimiento con el gabinete de Viena desde la confederacion y campaña austro-rusa, empleó para atraerle un medio ingenioso, propio para conmover los sentimientos caballerescos de aquel príncipe. Habia en Francia seis ó siete mil prisioneros rusos, y Rusia no tenia ningun prisionero francés. Bonaparte determinó restituírseles todos, no solo sin condicion alguna, sino con todos sus oficiales, armas y banderas, y uniformándolos con los colores de su nacion, diciéndole que pues la Inglaterra y el Austria no cangeaban por prisioneros franceses los valientes soldados de Rusia aprisionados por servir á su causa, él se los devolvía

sin condicion como un testimonio de aprecio al ejército ruso. Al mismo tiempo le hizo cesion de la isla de Malta bloqueada por los ingleses, para que pudiera restablecer aquella institucion religiosa y caballeresca, de que se habia declarado Gran Maestre y restaurador. No era posible herir en cuerda mas viva el corazon de Pablo I. Entusiasmado con aquel rasgo de generosidad del primer cónsul, á quien ya admiraba, de iniciador y protagonista que habia sido de la segunda confederacion contra la Francia, cambióse en el mas entusiasta amigo de Bonaparte, en enemigo furioso de Austria y de Inglaterra, y en mediador activo para con los príncipes que eran sus aliados (1).

La fortuna y el genio se ayudaron mutuamente en el plan de Bonaparte de convertir las potencias neutrales del Norte en enemigas de Inglaterra, proporcionándole auxiliares en el elemento en que esta nacion era mas fuerte. Violencias cometidas en los mares por los ingleses con buques de bandera neutral so pretesto del derecho de visita, y perjuicios irrogados con este motivo al comercio general de América y de Europa, todo por impedir el que se hacia con Francia y España, y mas principalmente el de España con sus colonias del

(1) Dicen algunos que ademas de estos nobles y políticos medios empleados por Bonaparte para grangearse la amistad del autócrata, puso en juego otros de muy diversa índole, cual fué el de ganar á los dos ministros que tenian con él mas valimien-
to, por conducto é influjo de dos damas francesas, una de ellas la actriz madama Chevalier, que supieron halagar las inclinaciones ó las pasiones de cada uno. Es posible que así fuese, aun cuando de esto nada dicen historiadores graves.

Nuevo Mundo, produjeron quejas y reclamaciones de las potencias perjudicadas y ofendidas, las cuales sostenian, por el principio de que *el pabellon cubre la mercancia*, su derecho de navegar y comerciar libremente y de arribar hasta á los puertos de las naciones beligerantes, á escepcion de los que estuvieran realmente bloqueados, y á condicion tambien de no trasportar útiles y efectos de guerra. Esta cuestion, junto con algunos actos de piratería, y señaladamente uno cometido por los ingleses, forzando al capitán de una galeota sueca á ayudarles á apresar con ella dos fragatas españolas ancladas en la rada de Barcelona, produjo gran indignacion, no solo en Suecia, sino en todas las potencias del Norte, algunas de las cuales habian sufrido ya ultrages del mismo género. Agrióse la disputa y se irritaron más los gabinetes de Dinamarca, Suecia, Prusia y Rusia con la aparicion de una escuadra inglesa en el Báltico. Aquellas cuatro potencias, firmantes del tratado de la neutralidad armada de 1780, creyeron llegado el caso de preparar otra nueva liga contra la tiranía marítima de los ingleses. Y como esto fuese en ocasion que el czar de Rusia se hallaba hábilmente prevenido por Bonaparte contra Inglaterra, no hizo menos que expedir un decreto mandando secuestrar los capitales pertenecientes á ingleses, hasta tanto que las intenciones del gobierno británico fuesen bien conocidas. Aunque la cuestion se aplazó por algun tiempo, los ánimos de las

córtes del Norte quedaban vivamente resentidos contra Inglaterra, y todo favorecia los designios del primer cónsul de Francia.

En euanto á España, la aliada mas constante y mas fiel de la república, y aun mas adictos sus reyes desde que vieron concentrada la autoridad en un guerrero ilustre y afortunado en quien columbraban alguna esperanza del restablecimiento de la monarquía, no podia ocultarse al clarísimo talento del primer cónsul cómo habia de manejarse con los monarcas, el gobierno y la corte española para hacerlos servir á sus fines, y para conseguir de ellos lo que el Directorio no habia podido lograr. Con aquel presente de magnificas armas que dijimos haber enviado al príncipe de la Paz, no solo halagó la vanidad de aquel personaje, que entonces, por confesion propia, seguia, aunque apartado del ministerio, gozando la confianza de sus reyes y siendo consultado en los asuntos graves, sino que excitó en Carlos IV. el deseo de adquirir otras armas iguales á las que poseia el válido. Súpolo Bonaparte y se apresuró á enviárselas, juntamente con algunos preciosos y elegantes adornos de que su esposa quiso hacer un presente de dama á la reina María Luisa.

Sabedor además Bonaparte del entrañable y ciego amor de la reina á su hermano el infante de Parma, y á su hija, casada con el heredero del duque reinante, y de su constante afan por proporcionar á aquellos

principes un engrandecimiento á su pequeño estado en Italia, afán que solo podia compararse al que en otro tiempo habia tenido Isabel Farnesio, meditó sacar partido de aquella pasion para alcanzar lo que ya en el anterior gobierno de la república habia sido varias veces objeto de frustradas negociaciones. Al efecto envió á Madrid su leal amigo y camarada el general Berthier. Lengua se hacia este embajador extraordinario, en las cartas que escribia á Francia, del afectuoso recibimiento que á competencia le habian hecho Cárlos IV. y María Luisa, de la adhesion que manifestaron á la república, y de la gratitud con que decian estar obligados al interés que Bonaparte mostraba por la suerte del infante duque. Queriendo el rey corresponder á tanta fineza, y no ser menos galante y menos espléndido que el primer cónsul, escogió por sí mismo diez y seis de los mejores y mas arrogantes caballos de sus yeguas, y se los envió á París con criados y palafreneros vestidos de ricas libreas (1). Y al propio tiempo encargó al pintor francés David, que entonces gozaba de celebridad, dos retratos del ilustre guerrero, en precio de cuarenta y ocho mil francos, para tener á la vista la imágen de tan generoso aliado y amigo. Bonaparte enseñaba con orgullo los caballos españoles, para que se viese la consideracion y amis-

(1) Constan los nombres, pelo, alzada, edad y raza de cada caballo.—El espediente relativo á este asunto se halla en el Ministerio de Estado, leg. 52, núm. 2.

tad con que distinguia al gefe de la república un nieto de Luis XIV., un soberano de la casa de Borbon.

Manifestó pues Berthier al ministro Urquijo el objeto de su mision, reducido á ofrecer al infante duque de Parma un aumento de territorio, que podria ser la Toscana ó las Legaciones romanas, donde viviese de un modo mas conforme á su dignidad, y estableciéndole con título, prerogativas y consideraciones de rey; pidiendo en cambio la retrocesion de la Luisiana á la Francia, diez navíos de guerra de la armada española aparejados y artillados para ser tripulados por franceses, y que España obligara á Portugal á hacer la paz con la república y á romper con Inglaterra, enviando, si era menester, un ejército español á aquel reino para forzar á ello á la córte de Lisboa. Inesplicable júbilo embargó á Cárlos IV. al comunicarle la proposicion (1). Propicio el ministro Urquijo á aceptar el ofrecimiento y las peticiones del primer cónsul, solo exigió algunas condiciones de seguridad para el establecimiento del infante, y la rebaja á seis de los diez navíos que la Francia pedia, pero en cambio, respecto á Portugal, aseguró al embajador estar ya dadas las órdenes para juntar un ejército de mas de cincuenta mil hombres, fuerzas suficientes para castigar la ter-

(1) «Cuál fué la alegría, dice el príncipe de la Paz en sus Memorias, que ví lucir en los ojos de Cárlos IV. y de su esposa cuando, llamado con tres luegos para comunicarme aquel conten-

to, me pidieron albricias del brillante rasgo por donde comenzaba Bonaparte sus relaciones con España!»—Memorias, Parte II. cap. 4.

quedad de los portugueses si las negociaciones ya entabladas no bastasen á determinarlos á satisfacer la justa exigencia de las dos naciones aliadas ⁽¹⁾.

Con tales disposiciones no fué difícil á los negociadores ajustar un convenio, que con el título de Tratado preliminar y secreto se firmó en San Ildefonso en 1.º de octubre (1800), y cuyos artículos fueron:

1.º La república francesa se obliga á procurar á S. A. R. el señor infante duque de Parma un aumento de territorio en Italia, que haga ascender sus estados á una población de un millon á un millon y doscientos mil habitantes, con el título de rey, y con todos los derechos, prerogativas y preeminencias correspondientes á la dignidad real, y la república francesa se obliga á obtener á este efecto el consentimiento de S. M. el emperador y rey, y el de los demás estados interesados, de modo que S. A. el señor infante duque de Parma pueda sin contestacion ser puesto en posesion de dicho territorio cuando se efectúe la paz entre la república francesa y S. M. Imperial.

2.º El aumento de territorio que se debe dar á S. A. R. el señor duque de Parma podrá consistir en la Toscana, en caso que las actuales negociaciones del gobierno francés

(1) El príncipe de la Paz afirma haber estado él mas exigente con el plenipotenciario francés, y que en las respuestas que dió al rey en cada una de las cuestiones le decía, entre otras cosas, ser su opinion que se debia pedir la agregacion á Toscana de los ducados de Parma, Plasencia y Guastala, y que la posesion de aquel estado se concediese como un derecho propio de la dinastía

española, de modo que en el caso de extinguirse la actual línea del duque de Parma, le habria de suceder otro infante de Castilla á eleccion del rey de España. Así como respecto á la Luisiana proponia se pusiese la condicion de que, si Francia por cualquier motivo quisiera deshacerse nuevamente de la colonia, no pudiera hacerlo sino devolviéndola á España.

con S. M. I. le permitan disponer de ella. Podrá consistir igualmente en las tres Legaciones romanas, ó en cualquiera otra provincia continental de Italia que forme un estado por sí sola.

3.º S. M. C. promete y se obliga por su parte á devolver á la república francesa, seis meses despues de la total ejecucion de las condiciones y estipulaciones arriba dichas, relativas á S. A. R. el señor duque de Parma, la colonia ó provincia de la Luisiana con la misma estension que tiene actualmente bajo el dominio de España, y que tenia cuando la Francia la poseía, y tal cual debe estar segun los tratados pasados sucesivamente entre España y los demas estados.

4.º S. M. C. dará las órdenes oportunas para que la Luisiana sea ocupada por la Francia al momento en que los estados que deban formar el aumento de territorio del señor duque de Parma sean entregados á S. A. R. La república francesa podrá diferir la toma de posesion segun le convenga. Cuando ésta deba efectuarse, los estados directa ó indirectamente interesados convendrán en las condiciones ulteriores que puedan exigir los intereses comunes, ó el de los habitantes respectivos.

5.º S. M. C. se obliga á entregar á la república francesa en los puertos europeos de España, un mes despues de la ejecucion de lo estipulado relativamente al señor duque de Parma, seis navios de guerra en buen estado, aspilleros para setenta y cuatro piezas de cañon, armados y equipados y prontos á recibir municiones y provisiones francesas.

6.º No teniendo las estipulaciones del presente tratado ninguna que pueda perjudicar, y debiendo dejar intactos los derechos de cada uno, no es de temer que nin-